

hoy escribe

Alfonso Sastre (\*)

zelatan

Hombres y sombras

La verdad es que no somos nadie —y cada momento que pasa menos aún; y así va a seguir la cosa si no se ponen en marcha, definitivamente, los corceles de la utopía —frente a las omnipotencias del Estado; y que lo que Orwell creyó ver para estos años ochenta —1984— como un monstruo político que sería la horrible criatura de la utopía comunista convertida en un Estado —y en un estado— aniquilador de toda belleza individual, es ahora ya un hecho en las áreas del capitalismo fuerte y avanzado.

Sobre hombres y sombras habría de tratar este artículo —¿y, si no, por qué lo he titulado así?— que ahora escribo como ilustración de un momento más de esta reflexión un tanto tenebrosa en la que me encuentro, desde hace unos años, a propósito de las perspectivas que se presentan para nuestro futuro. En una obra teatral de título parecido al de este artículo, me planteo, precisamente, esa dialéctica de hombres y sombras; y hoy mismo, durante estos días, ante la evidencia de tanta insidia en el campo de la información, de tanto falseamiento de la verdad, en cuyos orígenes uno siempre cree ver altos despachos —lo que nos invita a vivir malamente la vida como un delirio paranoico—, uno se dice, por ejemplo: Mundo fantasmagórico éste en el que cada ciudadano es «doblado» por una sombra informática en los ministerios... del Interior, que ahora están siendo doblemente «del interior». Terrible palabra ésta, del «interior», cuando de lo que se trata es... de nuestro interior, de nuestro «sagrado» fuero interno. Esta sombra de nosotros va siendo cada vez más precisa, detallada, consistente y obligatoria, a pesar de las todavía —¿o ya?— muy débiles resistencias que, por ejemplo, se oponen a ello en países como la República Federal Alemana. Hasta tal punto es va siendo así que esas sombras, a la manera del cuento de Andersen, van autonomizándose y erigiéndose, ellas, en verdaderos seres: en nuestro verdadero ser a efectos sociales y públicos. Los ciudadanos van a acabar así convirtiéndose en las puras sombras de su sombra o doble informático. La verdadera realidad funciona allí, en la información que sobre mí procura el ordenador —escribámoslo con mayúscula: el Ordenador— al funcionario que me mira como si yo fuera ya efectivamente una sombra: en su pantalla está lo que yo soy para él en la realidad, y evidentemente yo

soy, como cualquiera pero también un poco más, un ciudadano sospechoso. Una sombra soy, pues, yo mismo, inconsistente y fantástica, ante el policía que me mira después de haberme visto en la realidad de su pantalla. A lo mejor hasta le dan ganas de destruirme allí mismo en cuanto que soy el perverso origen de ese espectro que parpadea en su pantalla, pero enseguida se da cuenta de que a él le basta con soplar y yo me hundiré en el mundo de las sombras que ha de ser, definitivamente, el mío.

Está claro que uno piensa así en sus momentos más apocalípticos, cuando las cosas se ven demasiado mal; lo más común es que uno se pregunte dónde estará el justo término entre la lucidez y la paranoia. Personalmente he andado siempre muy descuidado en cuanto a la posibilidad de que yo fuera objeto de persecuciones, y he entendido, casi siempre, mis infortunios como una respuesta no necesariamente «orquestada» a mis comportamientos modestamente «subversivos»; pero ello no me hace negar —porque entonces sí que estaría loco— que tales campañas se organizan y se «orquestan» y se llevan a cabo, con resultados siempre satisfactorios para los orquestadores por mucho que el objeto de la campaña —la víctima— se embarque en una práctica de desmentidos y aclaraciones. Esa práctica defensiva funciona, por la fuerza de las cosas, contra quien trata de defenderse de las insidias, las infamias u otros productos del alcañitarillado del sistema.

Ya estoy dándome cuenta de que este artículo está tratando, aunque yo no lo hubiera pensado de esa forma, por lo menos de dos temas: el del control policiaco de los ciudadanos en un Estado de los que se llaman modernos —y maldita sea entonces su modernidad— y el de las actividades que en esos altos niveles se organizan contra determinados ciudadanos que son considerados, con más o menos razones, como enemigos de lo establecido. Más evidente parece esto último durante estos días que transcurren ahora. ¿Tanto fastidia en los altos niveles del poder político que haya en Europa algún representante del pensamiento de la izquierda patriótica vasca? ¿Tan débiles se hallan como para eso? ¿Tan fuertes son las posiciones teóricas de esta castigadísima izquierda patriótica vasca?

Yo no lo sé, pues soy bastante ignorante en lo que se refiere a la vida política en ese as-

pecto de la cuestión: el propiamente o técnicamente político. Pero me preocupa siempre que ocurran cosas como ésta: que las personas sean objeto de supercontroles administrativos, y también que las instancias de los grandes poderes empleen su fuerza en destruir las expectativas y esperanzas de los defensores de instancias justas y minoritarias, pues parece evidente que el respeto a las opciones minoritarias en el cuadro de la vida política llamada democrática no pasa de ser una filfa o un papel mojado o no sé cómo decirlo. Por lo demás, la gran trampa reside en el hecho de que se nos imponen marcas en los que nuestras opciones mayoritarias quedan reducidas a la nada en los recuentos. Por ejemplo: ¿de qué nos sirve que en Euskal Herria o en Catalunya o en Canarias se opine mayoritariamente contra la incorporación del Estado español al mecanismo militarista de la OTAN si en el recuento «general» nos vamos a quedar tan pequeños y minoritarios?

Algo habrá que hacer, o por lo menos que ir haciendo, en la empresa de defender los derechos de las personas —que todas somos pequeñas— y de los pequeños pueblos, cuya pequeñez es naturalmente relativa en comparación a las dimensiones de los Estados que dictan las condiciones legales de su vida política, pues nos hallamos en unas circunstancias que exigen posiciones extremadamente opuestas al orden establecido, por decirlo así.

De hombres y sombras hablaba al principio, y en verdad que no hay derecho a que se nos reduzca a sombras de nosotros mismos. Ello va sucediendo en la vida desgraciadamente por el mero hecho de la transcurriencia del tiempo, y contra eso no hay, verdaderamente, nada que hacer. «No he visto a Kant sino a su sombra», dijo alguien que visitó a Kant —según cuenta Wasianski, que fue testigo del acontecimiento—, y ello nos dice que las cosas suceden de esa manera en la vida por razón de nuestra transcurriencia biológica. ¡Pero ser como sombras ahora, cuando nuestra cabeza y nuestra voz están clarísimas, eso sí que no! Las sombras son ustedes, siniestros funcionarios, y nosotros, mal que les pese, somos una verdad capaz de romper algún día esos ordenadores de la muerte civil.

(\*) Escritor. Autor de teatro

Gorostian gorosti

Gorvatxoven etorrerarekin batera, egun-argira azaltzen ari dira ESSB-an aspaldi honetan estalirik zeutzan nazio-arazo larriak.

Zehaztasun handirik gabe geneekin, adibidez ('samizdat' iturri ilunen birtartez batez ere), Letonia-ko egoera larriaren berri.

Letonia (Latvia hobe, agian) Errepublikak txikia da, Euskal Herriaren izarikoa gutxi gora-behera: hedaduraz ez bada ere (63.700 km2, gurea baino hiru aldiz zabalagoa); jendetzaren aldetik, bai: 2.521.000 biztanle (1979).

Hots, Letonia gerratearen ondoren ezinbestean ESSB-ra pasa zenez gerotzik, erruarien etorrera gaitza izan da demografi gertakari nagusia: industrialdeatan bereziki, letoniarrak gutxiengo bihurtu dira:

	1959	1979
Letoniarrak...	1.298.280	1.353.777
Errusiarrak...	557.004	826.880

Hogei urte honetan, letoniarren kopurua 55.497 pertsonatan hazi den bezala, errusiarrak 269.876 pertsonatan hazi da. Hamalau bat mila etorkin urtean.

Perestroikaren izenean, hizkuntz lurraldetasuna eskatzen dute orain letoniarrak; eta antitez autodeterminazioa eta askatasuna ere bai.

Etorkinek, horretara, erakunde berri batetan milaka eta tarrapataka elkar-turik, «internazionalismo» eta «demokrazia»-ren izenean, Estatuaren batasuna aldarrikatzen dute ozenki, eta errusieraz bizitzeko eskubideari eusteko aukera eskatzen. «Gorostian gorosti» bete beharrean, «gorostian hiraka» proposatzen dute.

Eta galdera ziplo dator: nor da demokrata Letonian? eta nor zapalztaila?

Nik bezain ongi daki irakurleak.

Eta zertaz mintzo naizen ere, garbi.

TXILLARDEGI

hemeroteca

El chándal

(Rafael Torres, «Diario 16»)

La cosa viene de lejos, de cuando a finales de los setenta la gente un poco joven, medio bien decidió que había que darse un buen tute a paso ligero todas las mañanas. Luego el uso del chándal se extendió a los niños, a los escolares, pues las madres descubrieron rápidamente que se trataba de una prenda muy sufrida que aguantaba a la perfección de lunes a viernes. Más tarde fueron los presos, que ya lo venían usando antes de estarlo para poder salir de najas con ciertas garantías y que luego, en la sombra, siguieron usando el chándal como uniforme penitenciario alternativo. El chándal, pues, se iba integrando en los usos vestimentarios de las personas, pero lo que uno no sabía es que ha sido adoptado como traje oficial por las familias.

Así ocurre, como mínimo, en los emporios playeros de las clases medias nacionales, donde la moda «ad-lib» de esta primavera ha re-

sultado ser, decididamente, el chándal. La cosa funciona, más o menos, así: llega la familia, aprovechando el puente, a la playa, al apartamentucho de la playa, con los niños, la abuela, la chica mayor con el novio, más algunos primos y cuñadas. Descargan el vehículo, suben la impedimenta, arrancan entre ayes infantiles los nidós que las golondrinas, han instalado en los calentadores de gas y, acto seguido, se pone todo el mundo su chándal, y se va a comer paella, siempre y cuando, como es natural, se haya tenido la precaución de encargarla antes, porque si no, no hay. Después, una vez deglutido el rico arroz, se procede a jugar al mus en chándal, a fumar puros en chándal, a regañar a los niños en chándal, y eventualmente, a darse un paseito en chándal. Y así hasta la caída de la tarde, aunque lo más corriente es que se siga llevando un chándal hasta la hora de dormir, que es la hora en que, bien doblado en la única silla que cabe en la habitación del apartamento, se

sueña con la vida tan deportiva que lleva uno y los suyos a poco que le jejen.

La meta

(Manuel Alcantara «Ya», 13-5-89)

La diferencia más perceptible entre el llamado Tercer Mundo y los dos primeros es que en aquél la gente se preocupa por comer y en éstos por adelgazar. En los países pobres impera el deseo de conservar la vida y en los ricos está muy extendido el deseo de conservar la línea. Una gran preocupación estético-sanitaria recorre Europa como un fantasma pisándose su propia sábana, y se quiere aconsejar que en este continente poblado por viejecitos sus habitantes se mueran en perfecto estado de salud. El programa de festejos que proponen los expertos reunidos en Venecia, bajo el lema «Europa contra el cáncer», contiene algunas reglas de oro: no fumar, consumir menos grasas animales y comer diaria-

mente cereales, verduras y frutas frescas.

Se aconseja a los europeos a todo pasto, sobre todo, que no fumen y se ha establecido una meta de cincuenta años para que no haya un solo fumador en el Mercado Común. Curiosamente la CE dedica mil millones de euros a subvencionar el cultivo del tabaco, cifra que representa unos ciento treinta mil millones de pesetas. Eso quiere

decir que habrá que cambiar no sólo de costumbres, sino de producciones agrícolas. Pasar del humo cilíndrico y del «entrecot» a la acelga y a la pera de agua va a exigir un proceso de adaptación, sobre todo teniendo en cuenta que muchas personas no desean que su vida sea más larga, sino más ancha, y aunque saben que van a morir, detestan que la causa del seguro óbito sea el aburrimiento.



«El Independiente»